

Lo primero que pensé el día en que me dijeron que mi madre tenía Alzheimer era en la que se me venía encima. Lo segundo, en que yo tenía razón, que las cosas que hacía no tenían mucho sentido. La residencia, el centro de día y la vigilancia veinticuatro horas pasaron por mi cabeza con la misma velocidad que Superman, el héroe con capa, cruzaba volando el estado de Minnesota para parar el tren que iba a caer irremediablemente por ese precipicio de puente destruido. Desde Los Increíbles los héroes ya no llevan capa. Después pensé en mi madre.

Y esta es la realidad. Ésta soy yo, simplemente yo, una persona normal, a la que le tocan cosas en la vida que no sabe manejar y que tiene que aprender.

Yo vivía en Barcelona cuando hicimos la primera visita al médico. Me desplazé a Madrid para ir al internista, de ahí al neurólogo y de ahí al Hospital La Paz. Fueron un par de días en los que le realizaron muchas pruebas y el diagnóstico tardó en llegar. Empezamos a finales de 2007 y le dieron el definitivo en la primavera de 2009. Recuerdo que dormí todo el fin de semana siguiente. Era la manera con la que mi cuerpo y mi cerebro escapaban de lo que habían vivido los meses anteriores y mi conciencia se cogía vacaciones. Sólo quería dormir, ya lo resolvería el lunes.

En ese época yo ya vivía en Madrid. Me trasladé a principios de 2008 y las previsiones no eran muy halagüeñas, parecía que mi madre sufría un Alzheimer galopante. Entonces ella todavía trabajaba y parecía que el planeta Tierra iba a desmoronarse si no asistía puntual cada mañana a su cita laboral. En verano la despidieron y no le importó. Ya era mayor y pensaba despedirse a sí misma en Navidad. Estaba cansada. Todos los que estábamos a su alrededor insistíamos en que debía dejar de trabajar y cuidarse.

Yo tenía nuevas responsabilidades en el trabajo y estaba estresada. Un día me cayeron las lágrimas. Mi jefe me preguntó qué me pasaba y yo le expliqué: "No entiendo esto del equipo y, además, está el Alzheimer de mi madre". Él me miró y me explicó las cosas de trabajo que no entendía y me dijo que los asuntos personales debían quedarse fuera de la oficina. Ese día aprendí a cerrar la puerta de casa a las siete y media de la mañana y dejar todo en una bonita caja mental que no se abriera hasta las siete de la tarde, el momento en el que volvía a abrir la puerta y el perro venía a recibirme con una sonrisa en forma de lengua disparada y cola agitada. Separé mis mundos. Ya lo había hecho antes y no estaba mal, porque el trabajo era el sitio en el que yo me escondía, era lo que me gustaba. Dedicaba los días a algo que me encantaba. Me extrañó la reacción de mi jefe porque cuando le expliqué el diagnóstico se mostró comprensivo y cariñoso. Me dolió, pero ese día vi, que, como tanta gente, no era lo que aparentaba ser. Luego lo olvidé.

Mi madre siempre ha sido una mujer de genio vivo, para la que el autocontrol tiene el mismo significado que la teoría de la relatividad: nulo, nulo absoluto. Yo al principio era igual, pero con el paso del tiempo he aprendido que el autocontrol no solo es bueno, sino necesario, sobre todo si te quieres desenvolver adecuadamente en el mundo pretencioso de la empresa y los portátiles, del teléfono móvil y las teleconferencias. Ese verano, mi madre pasó una semana en la playa

con mis suegros. Mientras que para ellos fueron unos días intensos y estresantes, para mi madre fueron relajantes y divertidos. La medicación todavía no había comenzado a hacer efecto en ese cerebro congestionado que brillaba como una rubia alemana después de estar veinticuatro horas al sol en una playa de Mallorca cualquier día de julio.

Pasada la semana, volvió sola en tren. Cuando llegó a la primera estación que ponía Madrid se apeó del ferrocarril y me llamó por teléfono porque no me veía. Era evidente, no puedes ver a alguien que no está en el lugar acordado. Ella no era capaz de explicarme dónde estaba y por ende, yo no era capaz de ir a buscarla. Para mí fue como un drama nacional y di rienda suelta a todos los sentimientos que pasaban por mi sistema nervioso y algunos que hacía tiempo que no sacaba a pasear, que se encontraban cómodamente alojados en la bilis. Abrí la compuerta y mantuvimos una discusión telefónica en la tonalidad de re mayor. Eso no es lo mejor, lo sé. Al final, conseguí que preguntara a un hombre que pasaba por allí, que la miró muy serio y le dijo: “Estación de Atocha, señora”, y siguió su camino.

Yo me dirigí rauda y todo lo veloz que me permitió el tráfico de Madrid a las dos de la tarde de un día entre semana de julio a la estación de Atocha, no sin antes pedirle que no se moviese de donde estaba. Esa era otra: quería salir a esperarme a la calle sin saber siquiera encontrar las escaleras mecánicas. Cuando llegué, la telefoneé. Ella me describió el sitio en el que estaba y me dirigí hacia él sin vacilación. Cuando llegué me encontré a una mujer con una maleta, asustada y llorosa, que se disculpaba por haberse perdido. Me sentí una zorra. La abracé y la llevé a casa. Pasamos la tarde juntas y me contó sus vacaciones.

Como para todo, en el siglo XXI hay una asociación para familiares de Alzheimer. Quizás en Saturno habría sido una cosa rara, pero yo tenía la certeza de que en este país, perteneciente a Europa, habría más gente con la misma enfermedad y sus familiares se agruparían para saber qué hacer. Me puse en contacto con ellos y me inscribí. Me invitaron a una de sus reuniones, donde compartes experiencias y, teóricamente, recibes apoyo porque estás con gente que presenta batalla contra el mismo mal. Yo nunca he sido muy de asociarme a nada, salvo al grupo de campamentos del colegio. Pese a todo, allí estuve un viernes por la tarde.

Me marché antes de que terminase la reunión, hecha un mar de lágrimas, con el firme propósito de no volver y limitar mi contribución a la pecuniaria y a hacer uso de la tienda de cuadernillos de prácticas. Tomé un par de notas: 1) Ser cuidador es muy difícil. Si no eres cuidador, no debes intentar serlo. Sufres tú y el enfermo no está bien atendido; y 2) Existen procesos de inhabilitación para enfermos rebeldes. Por lo demás, salí sintiéndome peor de lo que entré y seguía sin saber cómo manejar esto.

Mi madre siempre se ha sentido como James Dean, pero a la española y de provincias, más tipo collar de perlas y faldita que chaqueta de cuero y moto. Pero rebelde al fin y al cabo. A la hora de tratar con ella, esto dificulta mucho las cosas. Además, es una de esas personas que lleva los sentimientos más a flor de piel que el perfume. Tiene un sistema nervioso despistado y un pensamiento más circular que los caballitos de cualquier parque de atracciones. Yo soy una

persona pragmática y tremendamente dura, para la que la compasión, en ciertas ocasiones, es un libro que escribió el Dalai Lama o, simplemente, una entrada en el diccionario de la Real Academia Española. Estas características no son las mejores si te quieres dedicar, por ejemplo, a la enfermería.

Como conozco mis limitaciones, me hice ingeniero. Quería entender qué estaba pasando y comencé a leer acerca de la enfermedad. Hablé con médicos y con personas de la asociación en varias ocasiones y recordé frases de aquella reunión que me han sido útiles a lo largo del tiempo. Y un día, de pronto me di cuenta de que ya tenía el control acerca de la enfermedad; conocía las fases y lo que tenía que hacer en cada momento. Sabía lo que iba a encontrarme, y eso me dio mucha seguridad. Había transformado una enfermedad en un proceso de ingeniería: no había emociones, no había sufrimiento, no había implicaciones; era algo aséptico, como un quirófano antes de operar. La evolución de la enfermedad de mi madre tenía en mi cabeza la misma representación gráfica que un diagrama de fases, con su fase líquida, su fase sólida, su fase de vapor, su presión y sus temperaturas. Era una imagen nítida, más nítida que las de una cámara Kodak un día de sol espléndido. Estaba contenta. Ya podía manejar la situación. No.

Había algo que se me escapaba en ese diagrama de fases y era ella. No era capaz de entender qué sentía. La empatía es una capacidad importante en el mundo empresarial y a mí se me da muy bien. No representa una limitación, sino todo lo contrario: un reto, y los retos son una de las pasiones de la vida. Sin embargo, no era capaz de empatizar con mi madre porque, en el fondo, para mí ella era un problema. Yo manejaba un proceso de ingeniería y no se empatiza con el diagrama de fases del hierro puro, simplemente se estudia y se aprende lo que ocurre con él a 910 grados Celsius.

Tengo un perro, un mestizo, que es lo mismo que decir un sin raza o un perro único. Una tarde, dando un paseo con él, me di cuenta de que si yo tuviese esa enfermedad, un día no recordaría nada de mi relación con una persona que, en ese momento, era alguien importante y fundamental en mi vida. Una persona que me había proporcionado muchos momentos felices, que me había hecho crecer y que me proporcionaba mucha paz. Lloré, y con cada lágrima entendía qué sentía ella: ese miedo, ese pánico a olvidar; y empaticé. Estamos en 2012. En mi familia, mejor dicho, en mi padre, hay algo que nunca ha faltado, y es el sentido del humor. Pero no un sentido del humor a lo Esteso y Pajares, es un sentido del humor familiar, irónico y a veces sardónico. Somos capaces de reírnos de las cosas más tremendas y acabar transformando un entierro en un espectáculo de La Cubana.

Desde pequeña me gustó escribir, inventar historias, personajes y situaciones. Por azares de la vida, un médico me recomendó que escribiese para escapar de una situación, para descargar adrenalina. Empecé a escribir a modo de terapia. Varios amigos, sin conexión entre ellos, al relatarles mis episodios perrunos, se rieron y me plantearon: “¿Por qué no escribes un blog?”. Yo creo en las señales y para mí, si varias personas que no se conocen te proponen lo mismo en la misma semana, es una señal. Hice una encuesta —yo estas decisiones las consulto siempre—, sobre todo porque el blog era para ellos, personas que vivían en diferentes lugares y

querían seguir mis aventuras y desventuras en la gran ciudad. La respuesta fue positiva y así fue como nació mi blog.

El continente era sencillo: una plantilla más o menos yeyé, alegre, varias páginas y ninguna foto. Era uno de esos blogs autobiográficos, pero el contenido era diferente, tenía que ser diferente. Decidí que el humor fuera el hilo conductor de todo lo que contase. Como es mi blog, escribo lo que quiero, como quiero y cuando quiero. Pero siempre con humor, ironía y a veces mala leche. Y así es como, de pronto, y sin darme cuenta, me encontré escribiendo acerca de mi madre, de su enfermedad y de las situaciones cómicas que me ocurrían en la consulta de los médicos, en el teatro, en la calle o cuando iba a su casa a comer y así, lentamente, muy lentamente, descubría que el humor era la forma de manejar la situación.

A día de hoy, mi madre todavía vive sola. La enfermedad se ralentizó lo suficiente como para poder valerse por sí misma. A menudo llevo a su casa el ordenador, le cuento lo que escribo y nos reímos juntas de las cosas que le pasan o de las cosas que hace. Eso no vale todos los días, pero yo tampoco todos los días me puedo vestir de rojo; solo me visto de rojo cuando necesito que me miren y sé que he dormido bien.

Y de ese blog llegué a este libro.

Esta es mi historia. La historia de mi madre y nuestras aventuras con el tío Alzheimer, que un día llegó y se instaló en la habitación de al lado, sin preguntar siquiera si podía quedarse a cenar y sin juego de toallas.